

Cuando Jesucristo nació hace 2,000 años, un ángel se apareció de noche a algunos pastores y les dijo: “Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc. 2:10-11). El anuncio del Salvador es verdaderamente “nuevas de gran gozo ... para todo el pueblo” porque lo que nosotros los seres humanos necesitamos es la salvación. Desafortunadamente, muchos no se dan cuenta de que necesitan ser salvos. Otros no entienden exactamente de qué necesitan ser salvos ni lo que la salvación de Dios trae al hombre. En el Evangelio de Juan, Cristo es presentado como el Salvador del mundo (Jn. 4:42) en tres aspectos maravillosos: el Cordero de Dios, la serpiente de bronce y el grano de trigo. Si veamos a Cristo en estos tres aspectos, entenderemos qué clase de Salvador es y cuáles son las repercusiones de Su salvación.

El Cordero de Dios

Un día cuando Juan el Bautista vio que venía el Señor Jesús, declaró: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Cristo es el Cordero de Dios, quien resolvió el problema de nuestro pecado. Si somos honestos, tenemos que admitir que todos tenemos el problema de pecado. En esta era, no nos gusta oír de la condición caída del hombre, y preferimos más bien creer que el hombre es básicamente bueno. Pero la evidencia de la condición pecaminosa del hombre es innegable. La violencia, la corrupción y la inmoralidad corren sin restricción por nuestra sociedad “iluminada”. A nuestro alrededor vemos las manifestaciones patentes de la condición degradada del hombre. Y si nos miramos a nosotros mismos, vemos nuestra

propia corrupción y degradación. Exteriormente tal vez seamos pulidos y agradables, pero en nuestro interior nuestro corazón es impuro e injusto. El apóstol Pablo cita el lamento de un salmista del Antiguo Testamento en cuanto a la condición interna del hombre: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Ro. 3:10-12, citando Sal. 14:1-3).

No importa la gravedad de nuestros delitos, todos son nuestros pecados. Estos pecados merecen y requieren castigo, especialmente ante los ojos de Dios, quien es el único justo en este universo. Pero el gran amor de Dios para el hombre salvó al hombre de ese castigo. Por consiguiente, los requisitos de Su justicia y los impulsos de Su amor motivaron a Dios a salvar al hombre como sólo El puede. Este aspecto de Su salvación lo cumplió Cristo como el Cordero de Dios. El Cordero de Dios es símbolo de Cristo como la perfecta ofrenda por los pecados de los hombres. Según Isaías 53:6, cuando Cristo estaba muriendo en la cruz, Dios quitó todos nuestros pecados y los puso sobre este Cordero. Al quitar nuestro pecado, el Señor no simplemente mandó que se fuera el pecado; más aún, en la cruz El pagó nuestra deuda, para apaciguar a Dios y para quitar el pecado.

La serpiente de bronce

Las acciones terribles que las personas cometen no son meros deslices de personas que básicamente son buenas; hay algo corrupto en la naturaleza del hombre que origina tales acciones. En este aspecto, lo que es válido en el caso de un ser humano lo es para todos: todos tenemos la

naturaleza pecaminosa. Esto es en realidad nuestro verdadero problema; nuestras acciones pecaminosas son los síntomas. Necesitamos ser salvos no sólo de nuestros hechos pecaminosos, sino también de nuestra naturaleza pecaminosa que genera nuestros pecados.

En el Evangelio de Juan, Cristo es presentado como Aquel que nos salva de nuestra naturaleza caída. El Señor Jesús dijo: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree tenga vida eterna” (Jn. 3:14-15). Aquí el Señor hace referencia a un evento del Antiguo Testamento en el cual Israel pecó contra Dios. En ese entonces, Dios envió serpientes, y éstas mordieron al pueblo, y muchos murieron. Luego Dios le pidió a Moisés que levantara una serpiente de bronce en un asta, para que cuando las personas miraran la serpiente vivieran (Nm. 21:4-9). Esto tipifica a Cristo el Salvador. Hoy estamos “envenenados” por la naturaleza de la serpiente; a los ojos de Dios no somos más que serpientes. El verdadero problema no radica en lo que hacemos, sino en lo que somos. Por tanto, Cristo vino a ser lo que nosotros somos y a sobrellevar el castigo por lo que somos. Pero Cristo, así como la serpiente de bronce en el desierto, no tiene el elemento de la serpiente, el cual nosotros sí tenemos. El apóstol Pablo dice que El vino “en semejanza de carne de pecado” (Ro. 8:3); es decir, El era un hombre auténtico pero sin pecado (2 Co. 5:21; He. 4:15). Cuando le miramos creyendo en El y en lo que ha hecho, vivimos; o sea, tenemos la vida eterna. Así que, Cristo es el Salvador que nos salva de la naturaleza pecaminosa que está en nosotros y nos vivifica con Su vida divina.

El grano de trigo

En Juan 12:23-24 el Señor Jesús habló de un tercer aspecto de Su salvación: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”. Cristo es el grano de trigo que cayó en la tierra y murió. Después de Su muerte, resucitó de los muertos (1 Co. 15:4), y en Su resurrección llevó “mucho fruto”; es decir, llevó a Sus muchos creyentes en resurrección consigo (1 P. 1:3). Esto se refiere al aspecto positivo de Su salvación. Normalmente pensamos que ser salvo es ser rescatado de una situación negativa, pero la salvación de Dios también es la entrada a una esfera positiva. Cristo como el Cordero de Dios y como la serpiente de bronce principalmente nos salva del pecado, pero Cristo como el grano de trigo nos salva llevándonos a la esfera de la vida divina. Su muerte nos rescató de la situación negativa de la caída del hombre, pero Su resurrección nos introdujo en la situación positiva de la vida eterna. El apóstol Pablo habla de estos dos aspectos de la salvación de Dios: “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos en Su vida” (Ro. 5:10).

Puesto que Cristo cayó en la tierra y murió, ya no está solo, sino que ha llevado mucho fruto. Antes Cristo era el único Hijo de Dios, el Hijo unigénito (Jn. 1:14; 3:16), pero mediante Su muerte y resurrección ahora es el Primogénito entre muchos hermanos (Ro. 8:29). Nosotros los que creemos en El somos los muchos hermanos del Primogénito; somos los hijos de Dios (Gá. 3:26; Ro. 8:14; 1 Jn. 3:1). Llegamos a ser hijos de Dios no sólo

por la declaración de Dios, sino también porque hemos recibido Su vida creyendo en Su Hijo (Jn. 1:12; 1 Jn. 5:12) y ahora participamos de Su naturaleza divina (2 P. 1:4). Todos los que creen en Cristo son hijos de Dios en vida y en naturaleza. Hoy El no está solo; nosotros somos Su mucho fruto, los muchos hijos de Dios. Cristo, en Su divinidad, es el Hijo unigénito de Dios para siempre, pero como el Dios-hombre, quien pasó por la muerte y la resurrección, El es el Hijo primogénito de Dios entre muchos hermanos, entre muchos hijos de Dios.

Todos los que se arrepientan de sus pecados y crean en Cristo recibirán esta salvación. Es una salvación del pecado y del castigo por el pecado, pero aún más, nos introduce en el disfrute de la vida eterna. La salvación de Dios por medio de Cristo hace de pecadores hijos de Dios. Al disfrutar Su vida y participar de Su naturaleza somos transformados a Su imagen (2 Co. 3:18). Ahora Dios lleva a Sus muchos hijos a la gloria (He. 2:10), para que finalmente seamos los muchos hijos de Dios no sólo en vida y naturaleza sino también en expresión. ¡Esta es la salvación que trae Cristo nuestro Salvador!

Título original: *Christ the Savior*
(Spanish Translation)

© 1993 *Living Stream*
P. O. Box 2121
Anaheim, CA 92814
19-016-002

ISBN 978-0-7363-1095-6



9 780736 310956

Cristo el Salvador

*Acerca de
Su condición como
el Cordero de Dios,
la serpiente de bronce
y el grano de trigo*